

Renovar la Universidad: entre el diagnóstico y la esperanza

Mi propósito el día de hoy es reflexionar sobre cómo el pensamiento de John Henry Newman y Alasdair MacIntyre pueden iluminar los desafíos que enfrenta la universidad contemporánea, y específicamente nuestra universidad. No es mi intención dibujar un programa concreto de renovación para la Universidad. Se trata más bien de una invitación al diálogo sobre una dimensión del quehacer universitario que me parece particularmente relevante.

Debo partir señalando que la tarea que me han encomendado excede con creces mis capacidades. A pesar de lo anterior, me anima el hecho de que desde que llegué a esta universidad, hace más de 15 años, he tenido el privilegio de trabajar con personas infinitamente más capaces que yo, y es probable que mucho de lo que pueda transmitirles hoy se deba en parte a las conversaciones que he tenido la suerte de mantener con esas personas, así como a mi lectura de Newman y MacIntyre.

¿Quiénes son los autores a los que me refreiré reiteradamente hoy? Alasdair MacIntyre nació en Escocia en el seno de una familia presbiteriana. Estudió filosofía y letras en Oxford y Manchester. En su juventud, militó en el Partido Comunista Británico e intentó buscar una interpretación del marxismo que fuera compatible con el cristianismo. A fines de los años 60 abandonó tanto su fe como el marxismo y se trasladó a vivir a los Estados Unidos. Es conocido por la relevancia de su trabajo en la filosofía moral y política anglosajona y, en particular, por su libro *Tras la virtud*, publicado en 1981, en el que intenta ofrecer una respuesta a la fragmentación moral de la sociedad moderna. Poco antes de la publicación de dicho libro, MacIntyre fue recibido en la Iglesia Católica, en la que permaneció hasta su muerte, el pasado 21 de mayo. Trabajó en varias universidades americanas, terminando su carrera académica en la Universidad de Notre Dame.

John Henry Newman fue un influyente teólogo inglés cuya trayectoria marcó profundamente la vida religiosa e intelectual del siglo XIX. Formado en Oxford, se convirtió en una de las figuras centrales del Movimiento de Oxford, que buscaba revitalizar la Iglesia anglicana. Sus estudios históricos y patrísticos lo llevaron, no sin tensiones personales y públicas, a convertirse al catolicismo en 1845, un paso que generó amplio debate en Inglaterra. Ordenado sacerdote católico y más tarde cardenal, Newman desarrolló una obra teológica de gran originalidad, destacando su análisis del desarrollo histórico de la doctrina cristiana y su énfasis en la centralidad de la fidelidad a la conciencia en la vida moral e intelectual. Fue canonizado en 2019 por el papa Francisco y ha sido nombrado doctor de la Iglesia por el papa León XIV en noviembre de este año.

Ahora bien, ¿por qué recurrir a MacIntyre y Newman? ¿Qué nos pueden enseñar un filósofo moral escocés de la segunda mitad del siglo XX y un cardenal inglés del siglo XIX? Ambos pensadores han reflexionado y escrito sobre qué es una universidad. Ambos se insertan en una tradición para la cual el vínculo entre cristianismo y universidad es fundamental. Y, no menos importante, ambos tuvieron larga experiencia no solo de lo que significa ser un profesor universitario, sino que también se vieron llamados al gobierno universitario; Newman como rector y MacIntyre como decano.

El momento para una reflexión de esta naturaleza parece altamente oportuno. Primero, el debate público sobre el futuro de la universidad, tanto en Chile como en el extranjero, está en un estado de ebullición. Segundo, en nuestro país las universidades tenemos una gran responsabilidad. Según la última Encuesta Bicentenario 2025, las universidades son las instituciones que cuentan con el más alto porcentaje de confianza pública. Tercero, nosotros mismos comenzaremos, como universidad, a trabajar en una nueva planificación estratégica institucional. Las miradas de Newman y MacIntyre pueden arrojar algo de luz sobre cómo podemos hacer frente a los desafíos a los que se enfrenta la universidad contemporánea. ¿Cuáles son esos desafíos?

Desafíos que enfrenta la universidad contemporánea

Los hay de diversa índole. En primer lugar, están las presiones financieras. En Estados Unidos muchas universidades han visto reducido el financiamiento federal. En Inglaterra no son pocas las universidades que se encuentran en serios problemas financieros. En nuestro país, la gratuidad universitaria ha introducido presiones financieras significativas en muchas universidades y todo indica que el proyecto de ley que crea un Fondo de Educación Superior (FES), aún en trámite, solo agravaría este escenario.

Estas presiones financieras pueden verse profundizadas por un segundo desafío: la crisis de natalidad. Países como Japón y Corea del Sur, cuyas pirámides poblacionales reflejan alta expectativa de vida, baja natalidad, y una población mayor significativa, ya están experimentando este desafío. No pocas universidades privadas han debido cerrar sus puertas, en parte importante por la caída en el número de estudiantes. En nuestro país, la presión puede ser particularmente alta debido a la bajísima tasa de natalidad actual.

Un tercer desafío, que ya ha golpeado nuestras puertas, es de carácter tecnológico. El desarrollo de la inteligencia artificial ha creado oportunidades innumerables para la investigación y la docencia, y ha facilitado enormemente el desarrollo de tecnologías al interior de la universidad. Sin embargo, hay una serie de preguntas sobre los efectos de la inteligencia artificial en nuestro proyecto educativo, preguntas sobre las que, me parece, hemos reflexionado poco. Una serie de estudios recientes sobre los efectos de la inteligencia artificial en el desarrollo intelectual de los estudiantes pintan un cuadro más complejo del que nos gustaría aceptar y que debería llevarnos a ser muy prudentes

en el uso de estas herramientas al interior de la universidad. Pero este no es mi tema central, aunque algo señalaré sobre la inteligencia artificial hacia el final.

En cuarto lugar, cabe mencionar las presiones regulatorias. Los procesos de acreditación, el aumento del papel fiscalizador del estado, y una serie de nuevos reglamentos jurídicos tensionan de manera importante la vida de la universidad. Se trata de exigencias que toda universidad debe sortear del mejor modo posible, equilibrando su inserción en el sistema universitario nacional con el desarrollo de su propia misión institucional.

Pero quizás el desafío más importante que enfrenta toda universidad es el de la fragmentación de los saberes. La especialización académica produce muchísimos bienes, pero como en otras dimensiones de la vida, la excesiva especialización puede tener efectos no deseados. Un diagnóstico en el que confluyen autores de diversas tradiciones es aquel según el cual la sobre-especialización académica puede tener efectos negativos tanto en los estudiantes como en nosotros mismos. Y dicho diagnóstico parece adquirir mayor relevancia mientras más complejo se vuelve el mundo que habitamos.

Es ampliamente reconocido que el mundo se ha vuelto más complejo, aunque también es cierto que algunos fenómenos sobre los que creíamos tener una compresión medianamente acabada han resultado ser más complejos de lo que pensábamos. Por dar solo dos ejemplos, basta mirar cómo ha cambiado nuestra compresión de los mercados financieros después de la crisis del 2008, o las preguntas que han abierto los debates contemporáneos en psicología sobre el funcionamiento de la memoria. Sea como fuere, la pregunta más relevante para efectos de nuestra reflexión es qué tipo de hábitos intelectuales necesitamos inculcar en nuestros estudiantes, y en nosotros mismos, para que tanto ellos como nosotros seamos capaces de orientarnos en un mundo crecientemente más complejo. ¿Cómo responder a este desafío?

Newman y MacIntyre pueden ayudarnos en esta ardua tarea. La obra *La Idea de Universidad* de Newman se ha vuelto una referencia obligada en cualquier reflexión sobre la universidad, tanto para autores cristianos como para quienes no lo son. *La Idea de la Universidad* no es una obra sistemática, sino más bien un conjunto de discursos, algunos de los cuales fueron pronunciados en su calidad de rector de la entonces Universidad Católica de Dublín entre los años 1852 y 1858. MacIntyre, por su parte, dedicó parte importante de sus últimos escritos al problema de la universidad, y particularmente a reflexionar cómo la obra de Newman puede iluminar ayudar a renovar la universidad contemporánea.

Renovar una universidad de inspiración cristiana

Ahora bien, antes de adentrarnos de lleno en lo que será una lectura macintyreana de Newman, quisiera detenerme en un punto importante. Si estamos llamados a renovar la

Universidad, como lo sugiere el título que se ha escogido para este claustro, y más específicamente nuestra universidad, lo primero que debemos considerar es nuestra identidad. Nuestro ideario señala que "[l]a Universidad de los Andes busca integrar la diversidad de las especialidades en la unidad radical de la verdad, iluminada por la fe católica [...] La Filosofía y la Teología son saberes integradores que ayudan a formar en los alumnos una visión profunda del mundo, el hombre y Dios" (n. 5). Es cierto que nuestro proyecto institucional contempla otras dimensiones relevantes, como el "querer contribuir a la solución de los desafíos y problemas que enfrenta la sociedad, y en particular nuestra patria" (n.10). Ahora bien, dicha contribución no se da al margen de aquella visión profunda del mundo, del ser humano y de Dios que buscamos transmitir a nuestros estudiantes. Dicho de otro modo, aquella síntesis integradora de los diversos saberes que se cultivan en la universidad debiese iluminar no solo nuestra docencia e investigación, sino que también el modo en que nos relacionamos con la sociedad.

En lo que sigue, por tanto, asumiré que esta tarea integradora de los saberes juega un papel fundamental en el proyecto educativo de la Universidad de los Andes. En otras palabras, asumiré que esta tarea integradora sirve como idea directriz o fin arquitectónico de nuestro trabajo. Lo anterior no implica negar que esta tarea de integración es siempre dinámica. El dinamismo de la vida intelectual nos obliga a estar revisando constantemente nuestros intentos de síntesis a la luz de nuevos descubrimientos científicos o nuevas interpretaciones de textos y fenómenos que dábamos por bien comprendidos. Se trata de un trabajo siempre en proceso y que requiere de un diálogo constante. San Juan Pablo II expresó esto de manera muy lúcida en su encíclica *Ex Corde Ecclesiae*. En ella, señalaba que,

La integración del saber es un proceso que siempre se puede perfeccionar. Además, el incremento del saber en nuestro tiempo, al que se añade la creciente especialización del conocimiento en el seno de cada disciplina académica, hace tal tarea cada vez más difícil. Pero una Universidad [...] debe ser "unidad viva" de organismos, dedicados a la investigación de la verdad ... Es preciso, por lo tanto, promover tal superior síntesis del saber, en la que solamente se saciará aquella sed de verdad que está inscrita en lo más profundo del corazón humano¹.

Si es cierto que la integración de los saberes juega un papel importante, el principal desafío de la universidad dirá relación con todo aquello que amenace dicha integración. Ahora bien, lo opuesto a la integración es la fragmentación de los saberes. Y, como ya he señalado, qué duda cabe que la universidad contemporánea sufre de altos grados de fragmentación. La especialización académica, con sus innumerables frutos positivos, dificulta la integración de los saberes. Todos debemos validarnos frente a nuestros pares, ya sea para progresar en la carrera académica, o para adjudicarnos fondos públicos. Esta validación no suele recompensar el tipo de ejercicio intelectual que

¹ *Ex Corde Ecclesiae*, n. 16

demandaría una integración de saberes. Se trata de una tensión que no podemos erradicar, sino simplemente intentar administrar del mejor modo posible.

A la luz de lo anterior, ¿en qué sentido pueden Newman y MacIntyre servirnos de inspiración? En lo que sigue, me centraré en una tesis de Newman que me parece particularmente relevante, así como en algunas de sus implicancias. Se trata de su concepción de la unidad del conocimiento humano.

Newman y la unidad del conocimiento

En esta concepción cada disciplina contribuye a nuestra comprensión de una dimensión acotada del mundo. Pero el universo en su extensión y profundidad es uno solo. Por lo mismo, en nuestro intento por comprender el mundo que nos rodea debemos ser capaces no solo de estudiar un conjunto variado de disciplinas, sino también cómo cada una de ellas se relaciona con las demás. Así, para Newman, una educación universitaria es incompleta si el estudiante no es capaz de conectar lo que aprende en una disciplina especializada con los resultados de otras disciplinas que se cultivan al interior de la universidad, y en última instancia, con una visión global del universo.

Quizás se puede ilustrar lo anterior con una simplificación. Un diccionario integra potencialmente todas las palabras de una lengua, pero la lectura de un diccionario de la A a Z no produce ninguna visión global acerca de nada; ni siquiera produce una visión acaba de esa lengua. Esta es una de las razones por la que MacIntyre señala que Newman enfatizó repetidamente en sus discursos que una buena educación universitaria no consiste solo en el cultivo de varias disciplinas. Lo que Newman espera de una educación universitaria es que el conocimiento de varias disciplinas le permita al estudiante comprender tanto la relevancia de cada una de ellas para una compresión global del mundo natural y social que habita, así como las limitaciones de cada disciplina particular. Dicho en otras palabras, para Newman, una formación superficial en varias disciplinas es tan deficiente como una educación excesivamente especializada.

Ahora bien, la importancia que le atribuye Newman a una formación intelectual lo más amplia posible le lleva a extraer una conclusión que puede sonar ofensiva para muchos de nosotros. En efecto, Newman colige de su reflexión sobre la unidad del conocimiento humano que la excesiva especialización y la estrechez de foco intelectual pueden deformar nuestra mente. Dicho en otras palabras, las características de un investigador especializado exitoso parecen ser incompatibles con que nuestra mente despliegue todas sus potencialidades. Escuchemos al propio Newman:

No cabe duda de que cualquier arte mejora cuando se limita al profesor de ese arte a ese único estudio. Pero, aunque el arte en sí mismo avanza gracias a esta

concentración mental a su servicio, el individuo que se limita a él retrocede. La ventaja de la comunidad es casi inversamente proporcional a la suya propia².

Se trata de una afirmación provocadora. Tratemos de comprenderla. Lo primero que podemos señalar es que Newman, y los autores en los que se apoya para afirmar lo anterior, están aplicando, explícitamente, un principio muy elemental de la economía política clásica. En efecto, Adam Smith, que con justicia ha sido llamado el padre de la teoría económica moderna, sostiene una tesis muy similar, pero no respecto del trabajo académico, sino que respecto del trabajo manual. En la primera parte de la *Riqueza de las naciones*, Smith se maravilla ante los efectos positivos de la especialización y el intercambio económico para la generación de riqueza. Sin embargo, hacia el final de la misma obra, Smith muestra una marcada preocupación por los efectos no deseados de la especialización. Señala Smith que,

El hombre cuya vida entera se dedica a realizar unas pocas operaciones sencillas [...] no tiene ocasión de ejercer su entendimiento ni de poner en práctica su ingenio para encontrar soluciones que eliminan dificultades que nunca se presentan. Por lo tanto, pierde naturalmente el hábito de tal esfuerzo y, por lo general, se vuelve tan estúpido e ignorante cómo es posible que lo sea un ser humano.³

Son palabras desafiantes. ¿Pero cómo puede Newman apelar a Smith para esto? ¿No está acaso Smith pensando principalmente en trabajos no calificados y altamente monótonos? Evidentemente no es lo mismo el trabajo manual que Smith tiene en mente que el trabajo académico, por muy especializado que sea este último.

Dado que Newman refiere explícitamente a la obra de Adam Smith (aunque lo haga citando a un contemporáneo suyo: Edward Copleston), todo indica que su afirmación debe entenderse en el siguiente sentido: así como la división del trabajo puede generar efectos negativos para el individuo, aun cuando genere efectos positivos para la sociedad, así, la especialización científica genera bienes enormes para la comunidad universitaria, pero, al mismo tiempo, acarrea costos intelectuales para el investigador.

¿Qué responder a Newman? Una posibilidad es concentrarnos en los bienes que somos capaces de generar con la investigación especializada. Es evidente que la especialización genera bienes enormes, y que nuestro conocimiento actual en materias tan variadas como el desarrollo de células madre, los efectos de programas “anti-bullying” en el clima escolar, o el impacto de los retiros de fondos de pensiones en la

² *Idea of a University*, Discourse 7, n. 7. Todas las referencias a Newman están tomadas de la colección del National Institute for Newman Studies. Las traducciones de Newman, y de todos los demás textos cuyo original es inglés, son mías.

³ *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, V.i.f.50. He empleado la edición estándar de Campbell y Skinner.

inflación, no serían posibles si no contáramos con investigadores altamente especializados.

Estas respuestas imaginarias a Newman no son una originalidad mía. De hecho, se ha vuelto un lugar común afirmar que Newman no anticipó el papel que jugaría la investigación en la universidad, primero en Alemania (el llamado “ideal humboldtiano”), y luego en Estados Unidos (la “research university” americana). Y qué decir de lo distante que se ve la universidad en la que pensó Newman si añadimos a lo anterior el creciente papel que juegan hoy la investigación aplicada, la innovación, y las llamadas oficinas de transferencia tecnológica en muchas universidades, incluida la nuestra.

¿Debemos concluir de lo anterior que la concepción newmaniana de la unidad del conocimiento es irrelevante? Esto sería apresurado. Lo que a Newman le preocupa no es embarcarse en una crítica respecto de la especialización, de lo contrario no habría contribuido a la fundación de la Universidad Católica de Dublín (hoy University College de Dublín), de la cual fue su primer rector, y la que estaba estructurada en torno a facultades con grados de especialización relevantes.

Lamento apelar a mis propios marcos disciplinares, pero en teoría económica se habla de costos de oportunidad, es decir, aquello a lo que renunciamos para obtener una cosa. Mick Jagger y Keith Richards, la dupla compositora de los Rolling Stones, comprendieron muy bien esta idea cuando compusieron “You Can’t Always Get What You Want” (no es casualidad que Jagger haya estudiado economía en la London School of Economics antes de dedicarse optar por una carrera artística). ¿Y qué tiene que ver esto, se preguntarán ustedes, con lo que vengo exponiendo? Creo que es plausible entender a Newman no como un crítico de la especialización *per se*, sino como alguien consciente de aquello a lo que renunciamos, tanto nosotros como nuestros estudiantes, cuando volcamos toda nuestra energía en el cultivo de una sola disciplina. Y si aquello a lo que renunciamos es importante para nuestra perfección en cuanto personas, entonces debemos tomarnos muy en serio a Newman.

En concreto, lo que a Newman le preocupaba eran principalmente dos cosas, ambas derivadas de su concepción de la unidad del conocimiento humano. La primera es que muchas veces los resultados de una disciplina particular deben ser corregidos por los resultados de otra. Lo anterior no solo requiere el cultivo de más de una disciplina, sino que requiere de una cierta visión de conjunto. MacIntyre ilustra lo anterior del siguiente modo. Si nuestra inteligencia es incapaz de reconocer las relaciones entre las disciplinas, así como los límites de nuestras respectivas disciplinas de origen, no seremos capaces de identificar con quienes debemos asociarnos para comprender aquellos fenómenos que nosotros mismos estamos estudiando. En palabras de MacIntyre, sin esa formación seremos proclives a, por ejemplo, intentar

[...] entender la distribución de la riqueza en diferentes partes de una ciudad en términos puramente económicos, sin tener en cuenta otras dimensiones morales y sociales, o tratar algún trastorno psicológico que implique falta de autoconocimiento como si fuera solo un fenómeno bioquímico. [Por lo tanto], a veces necesitamos corregir lo que nos dicen los economistas recurriendo a los historiadores y, por supuesto, a veces viceversa. A veces necesitamos corregir lo que nos dicen los neurofisiólogos recurriendo a los psicólogos, y otras veces viceversa, y otras veces también podemos necesitar acudir a novelistas o dramaturgos.⁴

Lo segundo es que a Newman le preocupaba lo que hoy llamaríamos una formación integral de los estudiantes, aunque muchas veces no seamos capaces de precisar bien a qué nos referimos con esto. La concepción newmaniana de la unidad del conocimiento humano es inseparable de su visión acerca de cómo ha de formarse una persona para desplegar todas sus potencialidades intelectuales. En efecto, en los discursos V y VI de *La Idea de Universidad*, Newman sugiere que, si el intelecto humano tiene su propia perfección, el fin de la educación universitaria es hacer todo lo posible para facilitar dicha perfección. Dicho de otro modo, el desarrollar un conocimiento altamente especializado en una parcela de la realidad es ciertamente valioso, pero limitará la capacidad de nuestra mente de alcanzar todo su potencial. Y no solo eso, también puede limitar, a juicio de Newman nuestro modo de desenvolvernos en el mundo. Escuchemos al propio Newman:

[...] el intelecto, que ha sido disciplinado hasta la perfección de sus facultades, que sabe y piensa mientras sabe, que ha aprendido a fermentar la densa masa de hechos y acontecimientos con la fuerza elástica de la razón, tal intelecto no puede ser parcial, no puede ser exclusivo, no puede ser impetuoso, no puede estar perdido, no puede sino ser paciente, sereno y majestuosamente tranquilo, porque discierne el fin en cada principio, el origen en cada final, la ley en cada interrupción, el límite en cada retraso; porque siempre sabe dónde se encuentra y cómo es su camino de un punto a otro.⁵

Quizás lo anterior se puede explicar de otro modo. El mundo contemporáneo es altamente complejo, en muchos aspectos evidentemente más complejo que la Irlanda decimonónica que habitó Newman. Pero, para desenvolvernos en un mundo altamente complejo requerimos de una formación intelectual que nos haga capaces de ir más allá de nuestras propias limitaciones disciplinares. Necesitamos aprender a leer el mundo en que vivimos para iluminar nuestro trabajo, así como nuestras relaciones con los demás. Por tanto, no es que las ideas de Newman sean irrelevantes hoy. Habitamos un

⁴ “The Very Idea of a University: Aristotle, Newman, and Us”, *British Journal of Educational Studies*, 57 (4), 2009, pp. 352-3.

⁵ *Idea of a University*, Discourse 6, n.6.

mundo muy distinto al de Newman, es cierto. Pero tanto nosotros como nuestros estudiantes estamos más necesitados que nunca del cultivo de una disposición intelectual que nos ayude a comprender nuestro entorno. Formulado de otro modo, las transformaciones sociales y tecnológicas que experimentaremos nosotros, y sobre todo nuestros estudiantes, vuelven más necesario que nunca una formación inspirada en el ideal universitario de Newman.

Siguiendo a MacIntyre, se puede concluir que la concepción newmaniana de la unidad del conocimiento humano, de la capacidad del intelecto de alcanzar, aunque sea parcialmente, una visión global del cosmos y del lugar que ocupa la persona humana en él, es justamente lo que la universidad contemporánea debería ser capaz de entregar hoy, en contextos de alta complejidad social.

Pero no es solo el mundo natural y social lo que debemos comprender. Una educación universitaria debería permitirnos lograr comprendernos a nosotros mismos. En el tercer discurso de *La idea de la Universidad* Newman señala que cada disciplina contribuye al conocimiento del ser humano, cada una a su modo. Y MacIntyre formula este argumento de Newman del siguiente modo:

Según la física, estamos compuestos por partículas que interactúan entre sí y con nuestro entorno. La química nos dice que somos el escenario de una gran variedad de reacciones; la biología, como Newman pronto aprendería de Darwin, que somos en gran parte lo que somos debido a la evolución de las especies. La sociología y la economía caracterizan la estructura de nuestros roles y relaciones; la historia nos dice que somos lo que nuestro pasado ha hecho de nosotros y lo que hemos hecho de nuestro pasado. Y la teología ve todas estas mismas cuestiones desde una perspectiva muy diferente. Las preguntas cruciales son: ¿En qué consiste entonces la unidad de un ser humano? ¿Y qué hay en los seres humanos que les permite hacerse esta pregunta sobre sí mismos? Pero estas son, en el vocabulario de Newman, preguntas filosóficas, que solo pueden plantearse los estudiantes que tienen un conocimiento más que superficial tanto de las disciplinas pertinentes como de la forma en que se relacionan entre sí.⁶

Sobre esta reflexión de MacIntyre cabría aclarar dos cosas. La primera es a qué se refiere Newman con una pregunta filosófica. ¿Se trata acaso de preguntas que pueden responder solo los filósofos profesionales? ¿Se trata entonces de entregar exclusivamente a los filósofos (y eventualmente a los teólogos) aquella tarea de integración de saberes a la que nos venimos refiriendo? No necesariamente. Se trata más bien de que tanto nosotros como nuestros estudiantes aspiremos a una formación lo más completa posible, dentro de nuestras posibilidades, y de procurar cultivar una disposición de apertura a las demás disciplinas, incluidas la filosofía y la teología, cuya

⁶ “The Very Idea of a University: Aristotle, Newman, and Us”, pp. 354-5.

capacidad integradora no podemos negar. Y en esto el principal desafío recae sobre el filósofo y el teólogo, quienes deben navegar en un sistema universitario que muchas veces los empuja a tratar sus disciplinas solo como una especialidad más. Se trata, en suma, de cultivar una disposición interior que nos permita ser conscientes de nuestras limitaciones, así como de la idea según la cual el trabajo de integración al que nos venimos refiriendo es una empresa cooperativa, una tarea que solo es posible en el contexto de una comunidad intelectual.

Algunas dificultades

Ahora bien, pensar la universidad de la mano de Newman no está exento de problemas. En lo que sigue quisiera considerar tres dificultades a todo lo que he venido señalando. La primera tiene que ver con la dimensión institucional u organizacional del ideal universitario de Newman. En efecto, si el énfasis central de una educación universitaria está puesto en el diálogo entre las diversas disciplinas, la universidad debe ser entendida como una empresa reflexiva y cooperativa, en la que todas las disciplinas dialogan entre sí. Para muchos esta visión de la vida universitaria es, a lo menos, ingenua.

Empleando una célebre expresión acuñada por Clark Kerr, quien fuera rector de la Universidad de California en la década de los 60, muchas universidades contemporáneas se conciben a sí mismas como multiversidades. El mismo Kerr señaló que le gustaba pensar en la universidad como una serie de emprendedores académicos individuales cuyo lazo de unión son sus quejas sobre la disponibilidad de estacionamientos. Kerr, quizás sin pretenderlo, enfatizaba con esta expresión el papel del conflicto al interior de la universidad, papel que no debe ser tomado a la ligera. Este conflicto puede darse sobre la disponibilidad de estacionamientos, pero lo que Kerr tiene en mente es sobre todo el conflicto y las tensiones que naturalmente se dan entre las disciplinas que se cultivan en una universidad.

En las duras palabras de Kerr, escritas en los años 60, pero que siguen resonando con fuerza hoy,

[u]na comunidad, como las comunidades medievales de maestros y estudiantes, tienen intereses comunes; en la multiversidad estos son variados y muchas veces en conflicto. Una comunidad tiene un alma, un principio común que la vivifica; la multiversidad tiene varios – algunos de ellos buenos, pero hay mucho debate sobre qué almas realmente son dignas de salvación.⁷

¿Cómo responder a lo anterior? No cabe duda de que muchas universidades contemporáneas quedan perfectamente retratadas por la imagen que pintaba Kerr. Me parece, sin embargo, que no es nuestro caso, en parte por nuestro tamaño. Con todo, puede ser útil tener siempre en mente estas palabras, pues se trata de un riesgo que, de

⁷ Kerr, *The Uses of the University*, Harvard University Press, 1963, p. 19.

uno u otro modo, nos acecha. Tener conciencia de ese riesgo, y de sus características principales, nos ayudará a combatirlo.

Una segunda dificultad dice relación con el tipo de justificación que solemos ofrecer para impartir una educación universitaria, tanto ante quienes invitamos a convertirse en nuestros estudiantes como ante quienes invitamos a financiar nuestros proyectos, ya sean donantes privados o el Estado. En efecto, cualquier universidad contemporánea sería incapaz de sobrevivir si no fuera capaz de ofrecer dos cosas de manera medianamente creíble: a) a los estudiantes, la posibilidad de expandir sus oportunidades profesionales, b) a sus donantes, y en nuestro caso, crecientemente al Estado, la promesa de contribuir a la formación de mano de obra calificada y de investigación que fomente el desarrollo económico y social.

Ahora bien, MacIntyre señala que para Newman una universidad puede ser exitosa en estas tres dimensiones y sin embargo fracasar en cuanto universidad. Las exigencias de la universidad contemporánea son infinitamente mayores que las que enfrentó Newman. Y las expectativas que la sociedad tiene sobre cómo las universidades pueden contribuir al desarrollo económico son un dato de la causa, una realidad ineludible. ¿Qué hacer si nuestro deseo por cumplir dichas expectativas dificulta la tarea de integración de saberes a la que nos convoca Newman? Sería ingenuo pensar que intentar cumplir dichas expectativas no puede tensionar esta tarea. No se trata de tareas incompatibles, pero los incentivos no son siempre convergentes.

A lo anterior cabría señalar que el mismo Newman fue plenamente consciente de esta tensión. En efecto, puede ser útil volcar nuestra atención al séptimo discurso de Newman en *La Idea de Universidad*, titulada el conocimiento y su relación con las habilidades profesionales. Es esto pasajes, Newman intenta mostrar cómo una educación universitaria amplia, una que procure ampliar los horizontes culturales de los estudiantes puede tener un efecto sumamente positivo en el futuro profesional de los mismos. Si bien el tipo de formación intelectual por la que aboga Newman busca inculcar en los estudiantes un amor desinteresado al conocimiento y expandir lo más posible sus habilidades intelectuales, lo anterior evidentemente tendrá efectos concretos en el modo en que dichos estudiantes desarrollos su vida profesional. En palabras de Newman:

El hombre que ha aprendido a pensar, razonar, comparar, discriminar y analizar, que ha refinado su gusto, formado su juicio y agudizado su visión mental, no se convertirá de inmediato en abogado, litigante, orador, estadista, médico, buen terrateniente, hombre de negocios, soldado, ingeniero, químico, geólogo o anticuario, pero se encontrará en un estado intelectual que le permitirá dedicarse a cualquiera de las ciencias o profesiones que he mencionado, o a cualquier otra

para la que tenga gusto o talento especial, con una facilidad, una elegancia, una versatilidad y un éxito que otros no conocen.⁸

A lo anterior cabría añadir que los desafíos sociales y tecnológicos a los que se verán enfrentados nuestros estudiantes requerirán justamente el tipo de disposiciones intelectuales enfatizadas por MacIntyre y Newman. Consideremos, por ejemplo, el tipo de hábitos intelectuales que serán necesarios para prosperar en un mundo dominado por la inteligencia artificial. Los estudiantes deben ser capaces de plantear preguntas a la IA, analizar críticamente sus respuestas escritas, identificar posibles debilidades o inexactitudes e integrar la nueva información con los conocimientos ya adquiridos. La automatización de ciertas tareas cognitivas rutinarias también pone mayor énfasis en el pensamiento creativo humano. Los estudiantes deben ser capaces de imaginar nuevas soluciones, establecer conexiones inesperadas y juzgar cuándo una idea novedosa puede ser fructífera, y cuando se trata simplemente de una moda. Así, todo parece indicar que los hábitos intelectuales más relevantes para un mundo dominado por la inteligencia artificial son, contrariamente a lo que cabría esperar, precisamente aquellos que una formación como la sugerida por Newman puede otorgar.

Un tercer desafío que debería considerar quien quiera tomar inspiración del ideal universitario de Newman apuntaría a las importantes diferencias que existen no solo entre el mundo que habitó Newman y el nuestro, sino que también entre nuestra realidad nacional y el mundo académico anglosajón que MacIntyre intentó comprender de la mano de Newman. Las universidades chilenas tienen un fuerte carácter profesionalizante, al menos desde que Ignacio Domeyko persuadiera a Andrés Bello de modernizar la educación superior chilena. A diferencia de lo que ocurre en el mundo anglosajón, donde generalmente la formación profesional se inicia hacia el final de los estudios de pregrado, o incluso después de haber cursado un pregrado, en Chile la formación profesional se imparte desde muy temprano en los estudios.

Cuando nuestros estudiantes llegan a la universidad, con mucha ilusión, buscan principalmente una certificación profesional que les permitirá mejorar sus posibilidades futuras. No siempre tienen en mente la importancia de una formación intelectual más amplia, formación que no solo ampliará sus horizontes culturales, sino que, como hemos visto, les puede permitir ejercer de mejor manera la profesión que han escogido. ¿Cómo equilibrar esta realidad con nuestra aspiración a entregarles una educación en la que adquieran una visión profunda del mundo, del lugar que juegan en él, y de su vocación a la trascendencia?

Primero, debemos reconocer que esos mismos jóvenes que quieren ser exitosos profesionalmente también tienen un deseo natural que comprender el universo. Por tanto, se trata de aspiraciones que pueden ser convergentes. Pero la tarea de hacerlas

⁸ *Idea of a University*, Discourse 7, n. 6.

converger es nuestra, y en cada caso el modo de buscar dicha convergencia deberá ser muy sensible a las particularidades de cada disciplina. Dado nuestro contexto —que tiene sus bondades— pensar de la mano de Newman nos ayuda a comprender mejor los aspectos que necesariamente debemos reforzar si queremos ser fieles a nuestra misión: tener un énfasis profesional se explica por una serie de motivos, pero lo que no tendría explicación es que no intentáramos subsanar los vacíos que ese énfasis implica.

Este desafío recae principalmente sobre nosotros, los profesores. Si la integración de los saberes es algo que queremos inculcar en nuestros estudiantes, si queremos transmitirles una concepción del conocimiento humano como la de Newman, debemos cultivar nosotros mismos aquellas disposiciones intelectuales que nos permiten comprender los alcances y límites de nuestra propia disciplina. El tipo de concreciones institucionales que esto tenga variará en cada Facultad. Pero si Newman viera donde estamos, creo que nos llamaría a renovar una cierta actitud, o más bien, un conjunto de disposiciones que nos permitan integrar los saberes que cultivamos. Se trata de una dimensión de la misión institucional que no admite recetas y que solo es posible si cada uno de nosotros la toma como una tarea personal.

A modo de cierre

¿Es entonces relevante el ideal universitario de Newman para nuestra universidad? ¿No se trata, acaso, de un proyecto utópico? Lo utópico es, por definición, irrealizable. La interpretación que acabo de hacer del ideal universitario de Newman y el modo en que puede iluminar nuestro trabajo académico no es irrealizable. El trabajo de integración de los saberes no es solo posible, sino que, llevado a su máxima expresión, trabajado mancomunadamente, es, me parece, el aporte más significativo que podemos hacer al bien común. De hecho, en muchas dimensiones es un ideal que se vive hoy en nuestra universidad. Existen hoy múltiples instancias, algunas formales y muchas informales, en las que profesores de diversas disciplinas intentan generar este diálogo, esta búsqueda de una compresión común.

Contamos, además, con todo lo que necesitamos para tomarnos muy en serio este desafío. Por ejemplo, la escala aún humana de nuestra universidad, el hecho de contar con un campus único, y tantos otros elementos, contribuyen a que no perdamos de vista el carácter comunitario de la empresa que nos convoca.

No quiero negar que se trata de una tarea ardua. Pero nunca lo ha sido. No lo fue para Tomás de Aquino en París, para Newman en Dublín, para MacIntyre en Notre Dame, y nunca lo será para nosotros. San Agustín siempre nos recordará cómo nuestra finitud, así como las heridas del pecado, vuelven frágiles todos nuestros proyectos. Pero como muchos de quienes nos preceden en esta tarea podemos tomar coraje a la luz de la idea según la cual, en la vida del intelecto como en otras dimensiones de la vida, hay siempre más esperanza de la que somos capaces de vislumbrar con nuestros propios

ojos. Y quienes estamos en comunión de fe con Newman sabemos que un proyecto como este debe poner toda su esperanza en Aquel por quien todo fue creado. Que Newman interceda por nosotros para que el buen Dios colme de frutos este hermoso proyecto universitario.

Muchas gracias.